

LECCION SEGUNDA.

DEL SOCIALISMO, Y DEL INDIVIDUALISMO
EN LA FILOSOFÍA.

I.

Señores: De cuanto tuvo el auditorio la suma bondad y la paciencia de escucharme en la conferencia anterior, sólo puedo traer á la memoria, para que me sirva en ésta como punto de partida, una indicacion que hice de paso, á saber: "Que para buscar el principio de la asociacion, y las condiciones fundamentales de su estabilidad y progreso, no nos era dado considerar á la sociedad sólo como una agregacion de individuos, ni deducir las relaciones sociales, de las facultades y derechos, necesidades y obligaciones del hombre."

Esta proposicion, Señores, así presentada como un axioma, necesita alguna explicacion ó comentario, por cuanto, siendo la opinion contraria el origen de los extravíos de las doctrinas en voga, no podemos pasar adelante sin dedicar algunos momentos á combatir las tendencias y los resultados de todo sistema, que deduce exclusivamente las leyes de la sociedad, de los atributos individuales.

Ha habido, Señores, en nuestros dias un célebre escritor de Medicina, que ha creído encontrar en la natu-

raleza una ley extraordinaria, á saber; que la fuerza de combatir las enfermedades reside en los específicos que las producen análogas. Nada puedo decir yo de este principio, en la esfera de la química orgánica; pero en la region de los fenómenos morales he creído hallar en él grandes y eficaces aplicaciones.

Para combatir las deducciones de los socialistas modernos, es menester empezar por la necesidad de la asociacion; para hacer frente al socialismo industrial, material y político, es menester empezar por ser socialista filosófico. Para que en el exámen rápido que pensamos hacer, de las relaciones que tiene la organizacion social con las formas políticas, quede bien deslindado lo que en la ley de la asociacion corresponde libremente al individuo, es menester empezar arrojando de los dominios que quiere usurpar con exclusivo y tiránico poder, el principio falaz é incompleto del individualismo.

Porque es verdad, Señores: mucho se ha escrito y declamado en esta última época contra el individualismo político; contra el individualismo industrial; contra el individualismo moral; contra todas las manifestaciones de aquel principio egoista, que haciendo de cada hombre una entidad suficiente, aislada, omnipotente, le constituye en absoluta independencia de todos los demás, y á poco, en abierta lucha con la sociedad entera. Pero ántes de condenar esos individualismos, de los cuales resultan en nuestra época acaso la mayor parte de los males que nos aquejan, y de los trastornos que nos amenazan, hubiera sido menester desprenderse de otro que los contiene á todos en gérmen.

Queremos hablar del individualismo teórico, del individualismo filosófico, aquel descaminado proceder del en-

tendimiento, que para examinar las cuestiones más generales, que se controvierten en nuestros días, para plantear los problemas, que afectan á la esencia de la sociedad, y al porvenir de la humanidad entera, los mira desde el punto de vista individual, se reconcentra sobre las necesidades y sentimientos del hombre, y pártete de este centro y de este dato, para determinar las condiciones de la vida y del progreso de los pueblos. Un físico, que pretendiera explicar la teoría de las mareas y la ley de las grandes corrientes del Océano por las propiedades químicas de una gota de agua, sería la representación material, pero fiel, de tan extraña, falsa y funesta filosofía.

No, Señores: yo me atrevo desde luego á afirmaros que nunca podrá ser la nuestra. Considerad al individuo en su aislamiento: someted al más minucioso análisis, ó abarcad con la síntesis más poderosa todos sus atributos y todos sus medios; y por más que hagais sumas incommensurables de calidades individuales, nunca llegaréis á encontrar una ley ni una fuerza de asociación. Consideradle solo: dotadle en ese estado, de toda la plenitud de inteligencia, de actividad y de expansión; creeréis haber creado un rey; habréis hecho de él una fiera. Consideradle solo, y no le encontraréis ni derechos, ni obligaciones; no veréis en torno de él ni autoridad, ni religión, ni humanidad, ni justicia, ni libertad siquiera. Consideradle solo, y veréis lo que queda, para esa existencia aislada, de amor á la Patria, de vínculos de familia, de medios de subsistencia, de derecho de propiedad.

Analizad sus instintos, sus pasiones, sus intereses puramente personales, dadle en esa condición la inteligencia más elevada; y buscad luego en las condiciones de su vida solitaria la razón de la marcha de la sociedad humana, las

causas del adelanto y civilización de los pueblos. Pedid á su entendimiento, pedid á su corazón, pedid á su instinto el conocimiento de los destinos sociales, y la ley del desarrollo y perfectibilidad de la gran familia humana. Tanto valdría, Señores, que preguntárais al soldado de fila de Marengo, ó al galeote de las galeras de Lepanto, la razón de los planes del gran caudillo; ó al caudillo mismo las consecuencias de aquel hecho en el encadenamiento de los humanos sucesos. Tanto valdría que buscarais en las piedras arrancadas de las canteras de Páros ó de Carrara los principios del arte de Fidias, ó las leyes y proporciones con que levantó en los aires Miguel Ángel la cúpula de San Pedro.

Esta verdad, Señores, que parecerá sobrado metafísica, y en cuya insistencia podré hacerme pesado, es uno de aquellos principios de intuición y de conciencia, que se pueden más bien sentir que analizar. Vosotros comprendéis fácilmente que un todo armónico, á cualquiera categoría á que pertenezca, no es la suma de las partes que le constituyen, ni de las cualidades que á cada una de esas partes convienen; sino la misma organización y armonía, que las hace funcionar en conjunto, para un objeto ó para un resultado. Vosotros comprendéis que una muchedumbre de soldados no es un ejército, si no existe bajo ciertas condiciones y leyes matemáticas, morales y políticas, y hasta fisiológicas é higiénicas, bajo la dirección de un pensamiento y de una voluntad: que un jardín no es un terreno cubierto de plantas, si no están dispuestas en proporciones de simetría, belleza, cultivo y prosperidad; que el edificio no son las piedras mismas, si la arquitectura no les ha dado la forma y distribución necesaria para su destino. Vosotros com-

prendeis, Señores, que en la misma organizacion de cada sér animado, la existencia no es la suma de las fuerzas de sus miembros y de las funciones de sus órganos.

Por el contrario, la vitalidad de cada parte desaparece, cuando falta la vida del conjunto: por el contrario, cada órgano, léjos de explicar el todo, no es más que una anomalía, y ni aun á sí mismo se explica; por el contrario, léjos de ser la vida animal, el conjunto de la vida molecular, las calidades químicas y las fuerzas generales de la materia se modifican de tal modo por la existencia de aquel sistema animado, que aparecen de todo punto contrarias, é inexplicables por la física.

De la misma manera, Señores, podréis comprender que con veinte millones de individuos no llegaréis á formar una sociedad, si no hay un principio orgánico superior y dominante á todas las calidades individuales; vosotros comprenderéis que el individuo, por más que le multipliqueis millones de veces, nunca llegará á explicaros la ley social.—¿Qué digo la ley social? Ni siquiera la de su individualidad propia.

Y no hay que decir que esto es querer dar cuerpo y realidad á una abstraccion pura del entendimiento; no hay que decir que las generalidades no existen, y que en la naturaleza no hay otra cosa que individuos.

Este es, Señores, uno de los errores más trascendentales de que nos hemos imbuido con la desventurada lógica del análisis puro. Decir que no hay especies, vale tanto como decir que no hay cuerpos, sino átomos; que no hay ereacion, sino cáos; que no hay inteligencia, sino sensaciones. Y así lo dijo la lógica, esa lógica corrosiva y demoledora, que de silogismo en silogismo llegó á esta proposicion: "No hay sociedad; la sociedad es el hom-

bre."—¿Y sabeis lo que dijo á lo último de todo, esa lógica luminosa? "No hay Dios, ni Providencia; no hay más que el conjunto de las fuerzas de la materia."—Hé aquí los resultados brillantes de esa filosofía del análisis, de esa ontología del individuo, que niega las especies y se subleva contra los universales. En el mundo moral, el acaso ó la fatalidad; en la naturaleza, el ateísmo.

Es menester decirlo, Señores; es menester tener la resolucion de proclamar la verdad, en un tiempo en que sólo la verdad parece paradoja. Lo que no hay en la naturaleza son individuos; lo que hay es que no hay más que un mundo, creado por un solo Dios de omnipotencia y sabiduría infinita, en una sola inconmensurable y encadenada organizacion, donde todo es parte de esa universal armonía de espíritu y materia, de espacio y de tiempo, de fuerza y de resistencia, de luz y de sombra, de vida y de muerte; las moléculas de los cuerpos, en sus afinidades; los órganos, en la existencia vital de los séres animados; el hombre, en la sociedad; la sociedad, en las generaciones humanas; la humanidad, en el globo; el globo, en el sistema solar; y los sistemas de soles, de mundos y de generaciones, en las inconmensurables profundidades de la Omnipotencia Divina.

Perdonadme, Señores, este involuntario arrebató de mi entendimiento; este conato, tal vez sacrilego, de ascension á los cielos, buscando la ley de la sociedad en la derivacion y analogía del pensamiento supremo, que preside al órden del universo. Abismos por abismos, prefiero los de la Providencia á los del cáos. Origen por origen, tan escondido está el del hombre, como el de la sociedad; y si no se puede comprender al uno sin la suposicion de la vida, tampoco es dado comprender á la otra sin la

prioridad de su existencia. Por uno y otro camino hay que llegar á una region desconocida y misteriosa; pero en una direccion, hay sobre nuestras cabezas abismos de luz, que nos dejan ver el espacio; por la otra, no hay más que esos subterráneos tenebrosos, que desde la divinizacion de la personalidad humana atraviesan tortuosamente hasta la negacion de la existencia divina.

Y tan cierto es esto, Señores, que hombres muy eminentes, génios de primer orden, sublimes y privilegiadas inteligencias fueron á parar por este rumbo á consecuencias, de que ellos mismos se espantaron ó retrocedieron. Partiendo del análisis individual, la razon más espiritualista, más filantrópica y humanitaria llega hasta el sensualismo, hasta la negacion del poder y del derecho, hasta el desconocimiento de la justicia universal. Por el contrario, tomando por objeto de estudio la humanidad entera, la teoría más ramplona y ménos elevada, ha llegado á reconocer los principios de la moralidad colectiva, las bases de la justicia inmutable, la razon eterna de la belleza y de la virtud, el fundamento supremo del poder y de la autoridad, y las fuerzas indestructibles del albedrío, de la razon y de la libertad. Entendimientos vulgares ó extraviados llegan por éste camino á la verdad y á la armonía: espíritus privilegiados, adelantando por el rumbo opuesto, se perdieron en un dédalo inextricable, donde cada sofisma que para salir inventaron, se ha convertido en un monstruoso vestigio.

II.

Ciertamente, Señores, habría que dar á estas conferencias proporciones extraordinarias é incompatibles con

su objeto, si quisiera confirmar siempre con aplicaciones históricas la verdad de estas proposiciones.

Séame permitido, sin embargo, buscar en nuestros días un ejemplo harto notable de lo que acabo de manifestar: no crean algunos que los métodos lógicos ó los principios metafísicos son indiferentes para los resultados prácticos; no se crea, Señores, que la filosofía se arroga demasiada influencia sobre los intereses del mundo.

¿Conoceis algun filósofo más ilustre que Kant? ¿Conoceis alguna inteligencia más elevada, ni más profunda que la del pensador de Koenigsberg? Todos vosotros habeis podido apreciar el impulso y grave modificacion, que recibieron los conocimientos humanos al rayar en el horizonte la luz de su transcendental filosofía. Creyóse al principio que el imperio del materialismo se había fundido para siempre en la nada.

Kant proclamaba como verdad primera, como verdad de sentimiento y de conciencia, la inteligencia pura. Todo lo demás era fenomenal, y necesitaba demostracion: todo lo demás podía no ser otra cosa que una manera de existir de nuestro espíritu: sólo la existencia de ese espíritu era evidente é indisputable; y las leyes segun las cuales este espíritu funcionaba, eran los únicos fundamentos, así de la verdad psicológica, como de la verdad matemática. Estos sencillos principios eran una revolucion inmensa. Cansada del materialismo analítico, la filosofía, que suspiraba por un dogma más elevado y más fecundo, saludó en Kant el advenimiento de una revelacion que había de iluminar el mundo moral, como la ciencia de Newton la naturaleza física.

Pero ¡ah Señores! Newton no había limitado la ley de la atraccion á un cuerpo, ni á un globo. Había adivi-

nado la ley de los mundos; y por eso *con su palabra apareció la luz*, según la expresión de Pope. Kant reconcentró toda la creación en el pensamiento individual del hombre.

Y ¿qué sucedió, Señores? ¿Qué importaba para los resultados morales, que fuera un cerebro, ó un espíritu; una entidad psicológica ó una entidad anatómica aquello que lo contenía todo en su seno? ¿Qué importa que Schelling, para buscar un remedio sólo á la materialidad del materialismo, espiritualizase los cuerpos, como otros habían materializado los espíritus? En último resultado, esta explicación venía á ser una cuestión de palabras. El mal del materialismo no estaba en eso. Fichte y Jacobi habían sido más espiritualistas que Schelling mismo. El mal de la doctrina de Kant no le han podido atajar las aspiraciones generosas del más simpático é inteligible de sus discípulos. Después de ellos habían de nacer otros para proclamar que Dios, como la naturaleza, no es otra cosa que una creación del entendimiento humano.

Kant había dicho: «El espíritu humano crea el mundo.»—De la boca de uno de sus más ilustres sucesores salió esta palabra inaudita: «Ahora vamos á crear á Dios.»

Sin embargo, Señores, el ateísmo de Hegel, la comprensión de la idea absoluta á que puede elevarse el espíritu humano, es algo parecido á la Divinidad, algo que reemplaza á la moral universal. Después de Hegel aparecen Bruno Bauer, Arnoldo Ruge y Feuerbach, que ya no dudan de proclamar resuelta y atrevidamente el ateísmo. Pero no: todavía no se llegaba al extremo. Aún hay algo en esta filosofía, con lo cual comparado el ateísmo parece una religión. Feuerbach proclamando que nada hay en el mundo superior á la humanidad, y que Dios

no es más que la inmensa sombra de nosotros mismos, prolongada por el tiempo y por el espacio, una concreción fantástica de las ideas más sublimes, pero necesarias del espíritu humano; todavía manifiesta instintivamente aquel horror del vacío moral, que experimenta el alma quedándose sola en el mundo, y que tan bien expresó en su admirable balada de *El sueño de los muertos*, el ilustre poeta Juan Paul. El humanismo de Feuerbach es todavía aquella imponente y lúgubre figura, que llena la bóveda del templo en la visión del poeta, para decir á las almas desamparadas que ha ido á buscar á Dios, y que no le ha encontrado. Esa sombra gigantesca de la humanidad es todavía un crepúsculo de religión y de filosofía. Á este crepúsculo debía suceder la noche, la noche eterna; aquella noche de las tinieblas de Byron; la noche horrible de una soledad más profunda que la nada, más espantosa que el caos. Debía aparecer quien, sacando las últimas consecuencias de los principios hegelianos, protestara contra aquel humanismo, como contra un resto de superstición. Hubo quien llamase á las doctrinas de Hegel una *devota frailada*.

Hubo un hombre, Señores; pero ¿qué digo, le hubo? Le hay: vive; es joven; quizá no cuenta mis años; que acaba de consagrar un talento profundo, una erudición enciclopédica, y una dialéctica portentosa á escribir lenta, concienzuda, magistral, dogmáticamente, no un folleto, ni una disertación, sino una obra grande, dos tomos muy compactos, con este epígrafe, y para probar este principio: *Homo sibi Deus*.—El nombre de este filósofo, conocido por el seudónimo de Max. Stirner, es Gaspar Schmidt.

Ya lo veis, Señores; Helvecius y el barón de Holbach

no habian podido llegar á tanto. Stirner llegó á donde llegan los últimos términos del camino que tomó Kant. Kant, dijo: "No hay más verdad que la razon humana." Stirner concluye: "No hay más Dios que el hombre." Ni aun eso, Señores. Stirner dice: "Todo hombre es su único Dios." ¡Aterraos de esta lógica y de este siglo!—Considerad si á vista de este espectáculo, no ha tenido razon Enrique Heine para decir que "si estallaba una revolucion en Alemania, la de Francia de 1793 sería en su comparacion un Idilio de Gesner."

Y si algun dia, Señores, estudiando la Historia de la antigüedad, habeis tenido compasion de la pobre raza humana, que se prosternó delante de los toros y de los cocodrilos; si habeis comprendido entónces que aquellas delirantes religiones debían hacer desaparecer de la faz de la tierra á los pueblos que las profesaban, contemplad espantados que en el siglo en que vivimos, se ha llegado á más; se ha llegado á decir que era un Dios, no el hombre Newton, no el hombre Leibnitz, no el hombre César, ó el hombre Bonaparte; no el hombre Marco Aurelio, no el hombre San Vicente de Paul, ó Santa Teresa de Jesus, sinó el hombre incendiario y parricida, el salvaje de los bosques, ó el criminal de los presidios, el Samoyeda estúpido, ó el Papúa degenerado de la Oceanía.

De propósito, Señores, he buscado las inteligencias más célebres y más ensalzadas de nuestros dias, para mostraros á dónde conduce este error. Y ahora veréis lo que puede el principio opuesto, aunque se profese en el extravío de un sistema subversivo y por una inteligencia extraviada. Voy á dejar hablar al más ateo, al más vituperado y maldecido de los actuales revolucionarios franceses.—"La mayor parte de los filósofos y de los filólo-

gos no consideran la sociedad sinó como un ente de razon, ó más bien como un nombre abstracto, que sirve para designar una coleccion de hombres. Es una preocupacion que todos hemos contraido en la infancia en nuestras primeras lecciones de gramática, creer que los nombres colectivos y los de género y de especie no significan realidades. Mucho habría que decir sobre este punto; pero yo me encierro en mi objeto. Para él verdadero economista la sociedad es un ser viviente, dotado de una inteligencia y de una autoridad propias, regido por leyes especiales que la observacion sola descubre, y cuya existencia se manifiesta no bajo una forma física, sinó por el concierto y la mancomunidad íntima de todos sus miembros.

"Por eso, cuando hace poco, bajo el emblema de un Dios mitológico (Prometéo), hacíamos la alegoría de la sociedad, en el fondo de nuestro lenguaje nada había de metafórico. Era el ser social, unidad orgánica y sintética, la que recibía un nombre. Á los ojos de cualquiera que haya reflexionado sobre las leyes del trabajo y del cambio (y dejo á un lado toda otra consideracion), la realidad, ó digámoslo así, la personalidad del hombre colectivo, es tan cierta, como la realidad y personalidad del hombre individuo. Toda la diferencia consiste en que este se presenta á los sentidos bajo el aspecto de un organismo, cuyas partes están en coherencia material, circunstancia que no existe en la sociedad. Pero la inteligencia, la espontaneidad, el desarrollo, la vida, todo lo que constituye en su más alto grado la realidad del sér, es tan esencial á la sociedad como al hombre." Esto dice Proudhon, Señores; y de esta proposicion á la verdadera ley de la armonía social, no hay más que un paso. Proudhon

no le ha dado, es verdad. El Mefistófeles de *Fausto* se ha apoderado de su razon bajo la forma de la filosofia hegueliana y de la critica individualista. Proudhon ha espantado á la Europa con sus blasfemias, y á la Francia con sus proyectos. Ha dicho al cielo: *Dios es el mal*; y á la tierra: *la propiedad es el robo*.

Sin embargo, Señores, bastóle entrever aquella verdad, para que sus obras no concluyan á nada, ni sean más que un conjunto de contradicciones, revelando en cada palabra la lucha titánica, que traban en su poderoso espíritu tendencias opuestas y creencias contradictorias. Bastóle entrever aquella verdad, para que nadie en Francia haya pulverizado el comunismo con más vigor y con más talento.

Basta, Señores, que haya escrito aquellas palabras, para que yo abrigue una ilusion de esperanza acerca de esa inteligencia tan poderosa como extraviada. Despues de todo, su proposicion famosa, la propiedad es el robo, es su refutacion misma. Él mismo ha reconocido, á pesar suyo, la propiedad que combate. Robo supone la propiedad: no puede haber robo donde la propiedad no existe ¹.

¿Quién sabe si el que con una palabra se refuta á sí mismo, no es el predestinado para refutar á todos sus colegas? Ese tremendo revolucionario aun puede llamarse jóven. ¿Quién sabe si el Dios, de quien ha blasfemado tan sacrilegamente, no destina su talento para glorificar todavía al frente de aquellas masas movedizas é impre-

¹ Un hombre de talento ha dicho á este propósito: *Donde la propiedad es el robo, ¿el robo qué será?* Á esta ineludible reflexion, que por sí sola destruye todo el sistema, sólo se nos ocurre añadir, y es la respuesta: *«que donde la propiedad es el robo, el robo será la propiedad.»* (Nota del C.)

sionables, la verdad de su santo nombre, y la eternidad de la ley social á que él preside?... Todo me lo hace esperar una sola idéa luminosa.

III.

Es la verdad, Señores; mi humilde inteligencia no había aguardado á que el socialista atéo se la revelara. La había encontrado mucho tiempo hace, no sólo en Bosuet, no sólo en Vico, no sólo en De Ballanche. La había leído en los astros del cielo, en los rudimentos primeros de la cosmografía, en el sistema del mundo de Copérnico.

No había podido yo mirar indiferente de qué manera llegó el astrónomo polaco á su inmortal y sencillo descubrimiento ¹. El movimiento de los cielos, visible á nuestros ojos, era imposible de comprender por el entendimiento, en cualquiera de los antiguos sistemas. Creábanse cielos, y motores, y círculos, y coluros; y cada nuevo invento era una nueva calle oscura en el laberinto de la creacion, que aparecía tan espléndida, tan luminosa. ¿Y porqué, Señores? Porque empezaban todos por suponer al globo terrestre centro y base del sistema universal, como hacen los filósofos socialistas ó metafísicos con la humana criatura.

Copérnico tuvo la intuicion de que Dios no había

¹ Bien sé que este sistema es antiguo, y que se quiere quitar á Copérnico la originalidad de su pensamiento. Para mi raciocinio lo mismo es. Los grandes inventos rara vez se deben á un hombre solo. Cuando la humanidad ha madurado bastante el germen de una idéa, brota en muchos cerebros á la vez. Véase lo que ha sucedido con la imprenta, con el vapor, con la telegrafía.